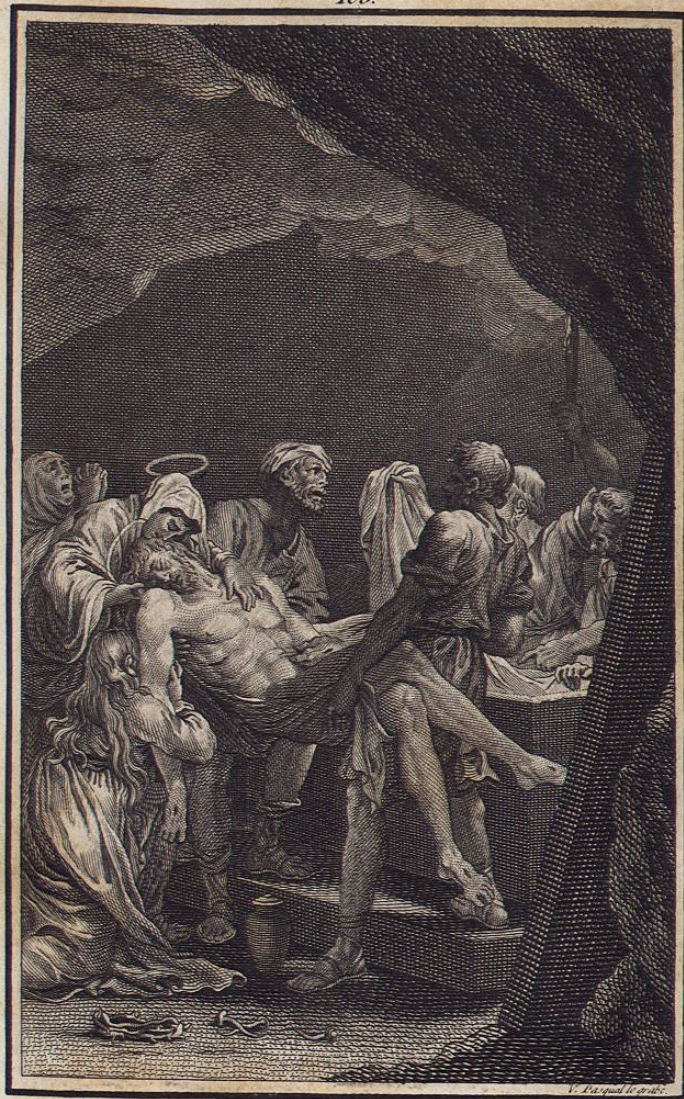


At illi succlamabant, dicentes: S. Crucifige, crucifige eum. C. Ille autem tertio dixit ad illos: S. Quid enim mali fecit iste? nullam causam mortis invenio in eo: corripiam ergo illum, et dimittam. C. At illi instabant vocibus magnis postulantes ut crucifigeretur: et invalescebant voces eorum. Et Pilatus adjudicavit fieri petitionem eorum. Dimisit autem illis eum, qui propter homicidium et seditionem missus fuerat in carcerem, quem petebant: Jesum vero tradidit voluntati eorum. Et cum ducerent eum, apprehenderunt Simonem quemdam Cyrenensem, venientem de villa: et imposuerunt illi crucem portare post Jesum. Sequebatur autem illum multa turba populi, et mulierum, quæ plangebant, et lamentabantur eum. Conversus autem ad illas Jesus, dixit: ✠ Filie Jerusalem, nolite flere super me, sed super vos ipsas flete, et super filios vestros. Quoniam ecce venient dies, in quibus dicent: Beatae steriles, et ventres, qui non genuerunt, et ubera, quæ non lactaverunt! Tunc incipient dicere montibus: Cadite super nos; et collibus: Operite nos. Quia si in viridi ligno hæc faciunt, in arido quid fiet? C. Ducebantur autem et alii duo nequam cum eo, ut interficerentur. Et postquam venerunt in locum,

en medio á este, y danos libre á Barrabás. Era éste un hombre que habia sido preso por haber escitado una sedicion en la ciudad, y haber hecho en ella un homicidio. Pilato, que queria salvar á Jesus, les habló por segunda vez; pero ellos gritaban con mas esfuerço: Crucificalo, crucificalo. Por tercera vez se dirigió á ellos, y les dijo: ¿Qué mal es el que ha hecho este hombre? Yo no hallo en él ningun crimen digno de muerte; así que, le castigaré y le dejaré libre. Mas ellos multiplicaban las instancias, pidiendo á grandes voces que fuese crucificado. Y prevaleciendo sus gritos, dispuso Pilato el acceder á su petición. Dióles libre al que ellos querian y que habia sido preso por una muerte y por una sedicion, y les entregó á Jesus para que hiciesen de él lo que quisiesen. Cuando le llevaban, apprehendieron cierto hombre de Cirene, llamado Simon, que venia de su casa de campo, para que llevase la cruz detrás de Jesus. Seguia, pues, á Jesus una gran muchedumbre del pueblo, y mujeres que lloraban y se lamentaban de él. Volviéndose entonces á ellas: Hijas de Jerusalem, las dijo, no lloreis por mí; llorad sí, por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque he aquí que viene el tiempo en que se dirá: Dichosas las estériles y las entrañas que no han llevado hijos, y los pechos que no han lactado. Entonces comenzarán á decir á los montes: caed sobre nosotros, y

qui vocatur Calvariae, ibi crucifixerunt eum; et latrones, unum à dextris, et alterum à sinistris. Jesus autem dicebat: ✠ Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt. C. Dividentes verò vestimenta ejus, miserunt sortes. Et stabat populus spectans, et deridebant eum principes cum eis, dicentes: S. Alios salvos fecit: se salvum fiat, si hic est Christus Dei electus. C. Illudebant autem et milites accedentes, et acetum offerentes ei, et dicentes: S. Si tu es Rex Judæorum, salvum te fac. C. Erat autem et superscriptio scripta super eum litteris græcis, et latinis, et hebraicis: Hic est Rex Judæorum. Unus autem de his, qui pendebant, latronibus, blasphemabat eum, dicens: S. Si tu es Christus, salvum fac te ipsum, et nos. C. Respondens autem alter, increpabat eum, dicens: S. Neque tu times Deum, quod in eadem damnatione es. Et nos quidem justè, nam digna factis recipimus: hic verò nihil mali gessit. C. Et dicebat ad Jesum: S. Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum. C. Et dixit illi Jesus: ✠ Amen dico tibi: Hodie mecum eris in paradiso. C. Erat autem ferè hora sexta, et tenebræ factæ sunt in universam terram usque in horam nonam. Et obscuratus est sol: et velum templi scissum est

á los collados, cubridnos: porque si esto se hace en el leño verde, en el seco ¿qué se hará? Conducíanle, pues, y con él otros dos criminales para quitarles la vida; y cuando ya hubieron llegado al sitio llamado Calvario, crucificaron allí á Jesus y con él á los dos ladrones, uno á su derecha y otro á su izquierda. En este tiempo decia Jesus: Padre mio, perdónadles, porque no saben lo que hacen. Dividieron los soldados sus vestidos, sacándolos á la suerte. El pueblo, que presenciaba el espectáculo, y los principales de la nacion con él, se mofaban, diciendo: A otros ha salvado; sálvese, pues, á sí mismo, si es el Cristo elegido de Dios. Burlábase tambien de él los soldados, y acercándose le presentaban vinagre, y le decian: Si tú eres el Rey de los judios, sálvate la vida. Veíase escrito sobre su cabeza en griego, en latin y en hebreo: *Este es el Rey de los judios*. Uno de los ladrones que estaban crucificados blasfemaba contra él, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate á tí y á nosotros. Mas el otro, tomando la palabra, le reprendia: Qué, le decia, ¿tú tampoco temes á Dios, no obstante que estás condenado al mismo suplicio? Y por lo que hace á nosotros, no es sin causa, porque recibimos la pena que merecemos por nuestros crímenes; pero él no ha hecho ningun mal. Y volviéndose á Jesus, le dijo: Señor, acordaos de mí cuando hubiereis entrado en vuestro reino. En verdad



medium. Et clamans vocem magna Jesus, ait: ✠ Pater, in manus tuas commendo spiritum meum. C. Et hæc dicens, expiravit. (Hic genuflectitur, et pausat aliquantulum.) Videns autem Centurio quod factum fuerat, glorificavit Deum, dicens: S. Verè hic homo justus erat. C. Et omnis turba eorum, qui simul aderant ad spectaculum istud, et videbant quæ fiebant, percutientes pectora sua revertebantur. Stabant autem omnes noti ejus à longè, et mulieres, quæ secutæ eum erant à Galilæa, hæc videntes.

Et ecce vir nomine Joseph, qui erat decurio, vir bonus et justus: hic non consenserat consilio, et actibus eorum, ab Arimathea civitate Judææ, qui expectabat et ipse regnum Dei. Hic accessit ad Pilatum, et petiit corpus Jesu: et depositum involvit sindone, et posuit eum in monumento excisso, in quo nondum quisquam positus fuerat.

te digo, le respondió Jesus, que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso. Era cerca de la hora de sexta, y las tinieblas se extendieron por toda la tierra hasta la hora de nona; el sol se oscureció, y el velo del templo se desgarró por medio. A este tiempo exclamó Jesus con una gran voz: Padre mio, en vuestras manos encomiendo mi alma. Y diciendo estas palabras, espiró. (Aquí todos se arrodillan.) Entonces el centurion, que habia visto todo lo que habia pasado, dió gloria á Dios, y dijo: Verdaderamente este era un hombre santo. Todos los que habian estado presentes á este espectáculo, y que consideraban lo que acababa de suceder, se volvian dándose golpes en el pecho. Todas las personas conocidas suyas, y las mujeres que le habian seguido de Galilea, estaban en pié á un lado viendo lo que pasaba.

Y he aquí que un oficial llamado José, hombre de probidad y muy virtuoso, que no habia tomado parte en el designio ni en los excesos de los judíos; natural de Arimathea, ciudad de la Judea, y que esperaba tambien el reino de Dios, fué á verse con Pilato y le pidió el cuerpo de Jesus, y habiéndole bajado, le envolvió en una sábana y le puso en un sepulcro, abierto en una roca, en el cual ninguno habia sido puesto todavía.

MEDITACION.

De la pasion de nuestro Señor Jesucristo en la ciudad de Jerusalem.

PUNTO PRIMERO.— Considera cuál debió ser la confusion del Salvador del mundo cuando se vió atado como un criminal, llevado con infamia por las calles de Jerusalem como un malvado, cargado de oprobios y de maldiciones por todo aquel pueblo que ya no le miraba sino como un impostor, un falso profeta, un encantador. ¡Buen Dios! ¡qué ignominiosa es esta primera escena! ¡qué suplicio puede darse mas amargo, ni mas humillante! Sin embargo, esto no es todavía mas que el preludio.

Nosotros no ignoramos la multitud espantosa de tormentos, á cual mas crueles, que se hicieron sufrir á Jesucristo; nos lo representamos hasta en su pormenor; sabemos todas sus circunstancias; pero al través de esta barbarie inimaginable de malos tratamientos, en medio de aquella granizada de azotes; por mas desfigurado que esté Jesucristo, no le confundamos con el resto de los hombres: reconozcamos por en medio de las llagas, bajo la corona de espinas, sobre la cruz, á nuestro Criador, nuestro Salvador, nuestro Dios y nuestro Padre.

¡Jesucristo, el soberano Juez de todos los mortales, la inocencia y la santidad misma á los pies de un juez impío, que le condena á muerte como al mas infame de todos los criminales! ¡Jesucristo, el Rey de la gloria á quien adoran todos los ángeles desde el primer instante de su vida mortal, y á cuyo nombre dobla la rodilla cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los infiernos, entregado á la insolencia de un monton de canalla por espacio de una noche entera, abofeteado, injuriado, escarnecido por malvados que hacen de él un juguete y le tratan como rey de farsa!

¡Jesucristo, el Señor soberano del universo, el Salvador del género humano atado á una columna y desgarrado á azotes como el mas vil, el mas infame de todos los esclavos!

¡Jesucristo, objeto de las complacencias del eterno Padre; la alegría y la felicidad de todo el cielo; el paraíso de las almas santas, clavado en una cruz, espirando en el mas doloroso y el mas ignominioso de todos los suplicios! y he aquí, dulce Jesus mío, lo que habeis sufrido por mí; he aquí lo que yo creo; he aquí lo que yo os cuesto; ¿y qué impresion hace en mi corazón lo que yo medito, lo que yo creo?

Una gota de su sangre podía rescatarnos; una lágrima de Jesucristo podía lavar todas nuestras faltas. ¿Por qué, pues, tanta sangre? ¿No era esto mas que suficiente, adorable Salvador mío? Si, nos responderá, éralo para aplacar á mi Padre; éralo para extinguir el odio de mis enemigos; éralo para borrar todos los pecados de la tierra; éralo para apagar todo el fuego del infierno; éralo para mereceros mi gloria; pero ¿es bastante para mover vuestro corazón y para inspiraros el menor sentimiento de gratitud? Esta reconvencion ¿no está bien fundada? ¿Y quién podrá en la hora de la muerte y por toda una eternidad desdichada resistir á esta reconvencion? ¡Ah Señor! quitadme este corazón de bronce, y dadme un corazón de carne.

PUNTO SEGUNDO.— Considera si te ha movido mucho lo que acabas de leer; y si permaneces insensible, examina si es verdad; mas aun, si es posible que lo creas.

Enterneceriase cualquiera leyendo una historia semejante, aun cuando estuviese prevenido de que lo que leía era una fábula: aquí estamos seguros de la realidad; este tejido de injusticias, de oprobios, de suplicios, de crueldades, es cierto; la persona adorable que sufre tantos rigores no nos es desconocida; ¿deberá sernos indiferente? Y sabiendo que si padece es solo por nuestro amor, ¿podrémos verla sufrir á sangre fría? ¿Pienso yo en el Dios que adoro y en el Señor á quien sirvo, cuando soy tan delicado sobre el punto de honor, cuando huyo tanto de la cruz, cuando paso los días en los placeres y en la molicie?

Jesucristo es el hombre de dolores, el hombre de las humillaciones; está harto de oprobios, y ¿yo quiero ser su discípulo y vivir entre contentos? Jesucristo todo lo sufre sin decir palabra; ¿qué no nos acordemos nosotros, en tantas ocasiones, de este punto de nuestra creencia!

Pilato conoció la inocencia de Jesucristo, quiso salvarle y no obstante le condenó. ¡O Dios mío, qué distancia hay entre conoceros y amaros! ¡Ah! todo el mundo cristiano os conoce. ¿Y hay muchos que os amen? Pilato queria salvar á Jesus, cuya inocencia conocía; pero no queria desagradar á los judíos, cuyas amenazas y furor temía. ¡Desdichada política, ciega prudencia del siglo, por la cual la religion siempre es sacrificada á la ambición y al interés!

¡Dios mío! ¡qué gran remedio deben ser la paciencia de Jesus que sufre, la dulzura inalterable de su rostro en medio de todas sus crueldades, la tranquilidad de su corazón y su misma ternura con sus enemigos, á pesar de tanta dignidad y ultrajes; qué

gran remedio debe ser todo esto contra los arrebatos de nuestras pasiones, contra los sentimientos de la venganza y de la ira! Amor propio, delicadeza humana, orgullo de la vida, ¿subsistiréis aun á vista de este objeto?

¡O amable Jesus! ¿era necesario sufrir tanto para persuadirme que me amais? ¿Concibo yo bien cuánto me amais? y si lo concibo, ¿cómo yo os amo tan poco? ¿Puedo asegurar yo, Señor, que os amo? ¡Ah, Señor! ¿de qué me sirve la justicia que yo me hago, si mi corazón no muda? pero esta mudanza debe ser obra vuestra; sea, pues, hoy el fruto de vuestros tormentos y de vuestra sangre.

JACULATORIAS. — ¡Cuánta verdad es, Señor, que os habeis cargado con nuestras iniquidades, y que habeis querido sufrir toda la pena que merecian! (*Isai. 53.*)

¡Qué daré yo á este Dios de bondad por todos los beneficios que he recibido de él, y por todo lo que se ha dignado sufrir por mí! Yo aceptaré con toda voluntad el beber su cáliz. (*Psal. 115.*)

PROPOSITOS.

1 Las gentes del mundo miran las maceraciones de la carne como frutos de países extranjeros que no pueden darse mas que en los desiertos ó en los claustros: si los ven entre las personas del siglo, los consideran como frutos raros que no crecen sino muy resguardados y á fuerza de cultura: se admiran, se alaban, y á esto se reduce todo. ¿Desde cuando las austeridades corporales no son mas que para los religiosos y los devotos, y de ningún modo para las gentes del mundo? ¿Son menos violentas las pasiones, menos temibles en el corazón de los mundanos, que en las almas puras y mortificadas? ¿Hay dos Evangelios? S. Pablo castiga su cuerpo con duras austeridades, y le reduce á servidumbre, no sea que, dice, despues de haber predicado á los otros, venga él mismo á hacerse réprobo; y personas cargadas de pecados alimentan sus pasiones entre los placeres, lisonjean sus cuerpos, se estremecen al solo nombre de mortificación, se desmayan á la vista de un instrumento de penitencia: ¡mi Dios! ¡qué bien prueba esta conducta lo pequeño del número de los elegidos! Si en esas reuniones mundanas en donde todo brilla, en donde no se habla mas que de placeres, se pensase en hablar de cilicios ó de semejantes austeridades, se haria reir; pero en la muerte, ¿no hará llorar y gemir el haber tenido horror á estas penitencias? En cualquier estado en que os halleis, teneis nece-

sidad de macerar vuestra carne con las austeridades. Informaos de un director sabio y zeloso cuáles son las que os convienen: no escuchéis á una seductora delicadeza que persuadiéndonos que las penitencias no son á propósito para nosotros, probaria por lo mismo que nosotros no somos á propósito para el cielo. No practiquéis, sin embargo, ningunas por ligeras que sean sin consejo y sin permiso; la indiscrecion en el fervor puede ser tan nociva, como la cobardía en una vida tibia. Cuando se sigue á una buena guia, no es tan fácil estraviarse.

2 Si vuestra delicadeza se alarma por esta práctica, animaos con la reflexion que hacia S. Agustin para vencer su cobardía: ¿y tú no podrás lo que estos y estas? ¿Por qué con el auxilio de la gracia no podré yo hacer lo que han hecho y hacen aun todos los dias tantas personas de mi edad, de mi sexo y de mi condicion? ¿lo que hace mi hermano en el estado religioso? ¿lo que practica mi hermana en el monasterio? ¿En virtud de qué título, de qué privilegio estaré yo exento de ello? ¿Es porque ellos son mas inocentes, mas santos que lo que lo soy yo? Por esto mismo debo dispensarme menos de estas penitencias. Comenzad siempre por observar con mas regularidad los ayunos de la Iglesia y las abstinencias que prescribe; pero no pareis en esto; añadid tambien ciertas pequeñas austeridades. Nada contribuye tanto para debilitar y domar las pasiones, y no hay cosa que así consuele en el fin de la vida.

JUEVES SANTO.

EN todos tiempos ha sido el Jueves santo uno de los dias mas solemnnes de la Iglesia, á causa de los grandes misterios que en él se han obrado. Los griegos y los demás pueblos del Oriente le han llamado por excelencia *el dia de los misterios*. Celébrase en él el misterio de la humildad y del abatimiento de Jesucristo en el lavatorio de los pies; el de su amor incomprendible á todo entendimiento criado en la institucion de la divina Eucaristía, y del sacerdocio sagrado de la nueva ley. Su oracion misteriosa, que fué como su primera oblacion; su agonía sangrienta en el huerto de los Olivos, la cual fué como el prelude de su pasión; y su prision voluntaria que fué la primera escena. Pero el objeto principal de la fiesta del Jueves santo, es la institucion del misterio de la Eucaristía. Esta fiesta ha comenzado con la institucion de este augusto sacramento, y puede decirse que su celebracion es tan antigua como la Iglesia. El luto mismo y la tristeza en